

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Existiendo Dios, todo cambia. Este sacrificio de lo más mío, lo que constituye más mi yo, me va haciendo manso y humilde de corazón... y me hace Cristo. ¡Nada menos! ¡A ver qué éxito puede ser mayor en el orden personal! Y cada fracaso, cada crucifixión de las fibras más íntimas lleva consigo una manifestación inesperada de Dios, en forma de resurrección gloriosa, en la que resplandece la Voluntad y la Gloria del Padre, y no la mía. Así, y solamente así, se va construyendo el Cuerpo Místico, añadiendo lo que falta a su Pasión y amplificando la Gloria de su Resurrección. (Rovirosa, OC, T.V. 492)

El final de un “sueño” puede hacernos sentir muertos. Pero los fracasos forman parte de la vida de todo ser humano, y en ocasiones pueden revelarse también como una gracia. Muchas veces, lo que pensábamos que nos haría felices resulta ser una ilusión, un ídolo. Los ídolos pretenden todo de nosotros haciéndonos esclavos, pero no dan nada a cambio. Y al final se derrumban, dejando sólo polvo y humo. En este sentido los fracasos, si derriban a los ídolos, son una bendición, aunque nos hagan sufrir. (Francisco, mensaje Jornada Mundial de la Juventud. Domingo de Ramos 2020)

Me dispongo a orar.

Comenzamos una semana santa diferente de las de siempre, en la que contemplamos la Pasión de Jesús, en la que lo acompañaremos en su *vía crucis*, en la que –si no huimos antes, como los discípulos asustados– llegaremos, como María, al pie de la cruz. Una semana en la que en el silencio y el desconcierto del fracaso y la muerte esperaremos la alegre y luminosa alborada de la Resurrección. Pedimos que sepamos recorrer con él este camino, unidos a tantos crucificados de nuestro mundo.

Hoy, como ayer, nuestro mundo sigue atravesado por senderos de cruz.

Los conocemos y nos duelen.

El hambre en grandes regiones del planeta.

La violencia, el odio, la guerra, entre países, pueblos, y personas.

El dolor y la enfermedad.

La soledad de niños y ancianos.

La vida precaria de tantas y tantos trabajadores.

La desigual inequidad por el hecho de ser mujer.

El desempleo injusto que sufren, especialmente, mayores, jóvenes, mujeres, migrantes.

Tanta muerte injusta en accidentes laborales, siempre evitables, si quisiéramos.

Las personas sin techo ni hogar, sin familia ni amigos, excluidos y desvinculados.

Tantas víctimas de injusticias normalizadas, ante las que nos volvemos indiferentes.

Auténticos y dolorosos caminos de cruz, injustos y, a la vez, consentidos, normalizados, invisibilizados...

Nos duele comprobar que la cruz sigue existiendo hoy; nos duele padecer la cruz.

Estos días sentimos de cerca la cruz de Jesús... condenado y crucificado.

La cruz es una injusticia contra la vida, pero no es la última palabra.

Al final, cuando todo sea sombra, oscuridad, fracaso y muerte

Descubriremos el amanecer de la Pascua, la vida que viene de Dios.

Una vida herida, con rastros de dolor, con restos de cruz, Pero una vida abrazada por Dios.

Jesús de Nazaret, condenado a muerte, resucita...

Y con Él también quienes cargan con la injusticia de la cruz.

Hacemos memoria de Jesucristo.

Nos hacemos solidarios con todas las mujeres y hombres que participan de la cruz del Señor.

No nos desentendemos de quienes sufren el peso de la cruz.

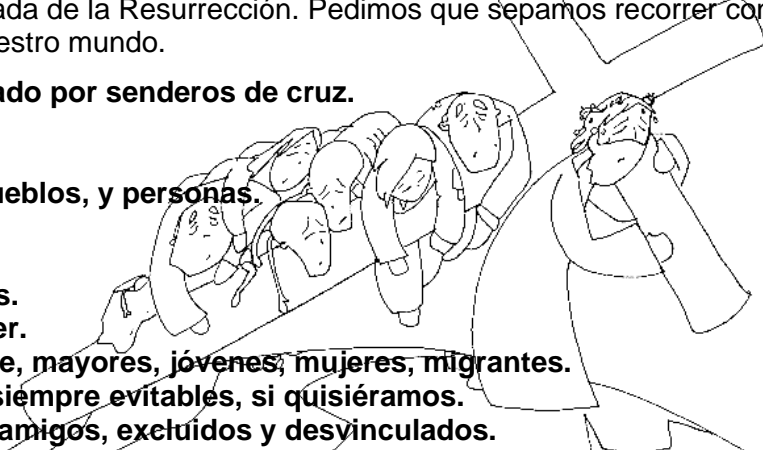
La palabra definitiva de Dios es la vida.

Mientras tanto, seguiremos caminando con quienes sufren...

Dios nos dará su fuerza.

Él es nuestra esperanza.

(Sobre una plegaria de Santiago Aparicio)



Isaías 50, 4-7.-

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.

El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Filipenses 2, 5-11.-

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo,

y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Pasión de NS Jesucristo según san Mateo (26, 14 – 27,66)



Acojo en mi vida la Palabra

Comenzamos esta semana “santa” quizá con los mismos sentimientos de la multitud que aclama a Jesús en su entrada en Jerusalén: llega nuestro mesías, quien cumplirá *nuestras* expectativas y deseos, quien dará cumplimiento a *nuestras* esperanzas y *nuestros* sueños, ¡Hosanna! Esto que vivimos, por fin, pasará.

También nosotros le hemos seguido y hemos escuchado su Palabra. Ahora se verá si realmente hemos entendido su propuesta, si estamos dispuestos a dejarnos configurar como él, por el amor exigente del Dios Todocariñoso o si, por el contrario, seguiremos aferrados a nosotros mismos hasta el punto de preferir tomar otro camino que no pase por la cruz.

¡Qué pronto podemos pasar de los vítores al abandono, a la traición, a la condena, a la soledad y el fracaso!

Contemplaremos cómo Jesús no abandona el proyecto de Dios: no se resistirá ni se echará atrás, ofrecerá la espalda a los que le golpeaban, las mejillas a los que mesaban su barba; no esconderá el rostro ante ultrajes y salivazos. Él sabe que el Padre Dios le ayuda, sabe que no quedará defraudado.

Y, sin embargo, pasará por momentos de dolor, de confusión, de abandono... de tentación.

Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos una sola pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo ante Jesús que entra con fiesta en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O guardo las distancias? ¿Quién soy yo ante Jesús que sufre?

¿O soy como los discípulos, que no entendían lo que significaba traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería resolverlo todo con la espada? ¿Soy yo como ellos? ¿Soy yo como Judas, que finge amar y besa al Maestro para entregarlo, para traicionarlo? ¿Soy yo, un traidor? ¿Soy como aquellos dirigentes que organizan a toda prisa un tribunal y buscan falsos testigos? ¿Soy como ellos? Y cuando hago esto, si lo hago, ¿creo que de este modo salvo al pueblo?

¿Soy yo como Pilato? Cuando veo que la situación se pone difícil, ¿me lavo las manos y no sé asumir mi responsabilidad, dejando que condenen –o condenando yo mismo– a las personas?

¿Soy yo como aquel gentío que no sabía bien si se trataba de una reunión religiosa, de un juicio o de un circo, y que elige a Barrabás? Para ellos da igual: era más divertido, para humillar a Jesús.

¿Soy como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten humillando al Señor?

¿Soy como el Cireneo, que volvía del trabajo, cansado, pero que tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a llevar la cruz?

¿Soy como aquellos que pasaban ante la cruz y se burlaban de Jesús : «¡Él era tan valiente!... Que baje de la cruz y creeremos en él!»?

¿Soy yo como aquellas mujeres valientes, y como la Madre de Jesús, que estaban allí y sufrían en silencio?

¿Soy como José, el discípulo escondido, que lleva el cuerpo de Jesús con amor para enterrarlo?

¿Soy como las dos Marías que permanecen ante el sepulcro llorando y rezando?

¿Soy como aquellos jefes que al día siguiente fueron a Pilato para decirle: «Mira que éste ha dicho que resucitaría. Que no haya otro engaño», y bloquean la vida, bloquean el sepulcro para defender la doctrina, para que no salte fuera la vida?

¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me parezco? Que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana.

Las preguntas que me hago y las respuestas que me doy, encuentran en mi proyecto de vida su lugar.
¿En qué tengo que reorientarlo?

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

¡Qué tiempo este en el que nadie
Se inmuta ni se sorprende!
Hecho a medida de los que así lo quieren,
Atrae, pero ya no clama ni ríe.
Todo se sabe, pero nada parece importante:
Las utopías, solo para los debates;
Las protestas solo en los papeles;
El llanto y la ternura, siempre a escondidas;
Los compromisos nunca definitivos;
La paz y la alegría en píldoras;
La solidaridad, sin menoscabo de nuestro status;
La pobreza –la que arrastramos- siempre maquillada;
Y la otra –la que creamos- solo en reportajes...
Y de gestos proféticos nada se sabe.

Necesitaríamos una melodía tan bella y penetrante
Que rompiera los cascarones
En los que nos hemos refugiado
Eludiendo nuestras propias realidades.

¡Hosanna, Señor! ¡Sálvanos, Hosanna!
Sácanos de este círculo asfixiante
Haznos partícipes de tus gestos y tus planes

El Señor rompe horizontes de negrura y de tormenta
El Señor se abre paso como una primavera



(F. Ulibarri, adaptada)

Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros



QUEDATE EN CASA